



Janne H. Matlary

Catedrática de Relaciones Internacionales. Universidad de Oslo
Ex-Secretaria de Estado de Asuntos Exteriores de Noruega

Ante todo, muchas gracias por la presentación. Creo que os voy a decepcionar, pues mi español no es tan brillante como el de Alejandro Llano, por lo que no voy a intentar competir con él. Espero que entendáis inglés, y como no lo hablaréis tan bien como el español no tendré que tener su elocuencia.

Cuando leo los periódicos españoles, encuentro en el debate público expresiones como el bien común o verdad, conceptos que son esenciales para el conocimiento del ser humano. Esos conceptos, desgraciadamente, no existen en mi país: nosotros no podemos hablar de la verdad, del bien común. No hay significado para esos conceptos. Tras esta reflexión inicial, empezaré abordando el reto o desafío más serio, que es el tema que ha tratado el profesor Llano: la existencia del conocimiento objetivo, la verdad como tal. Estos conceptos no tienen hoy en día contenido en la mayor parte del mundo occidental. Pienso que tenéis más suerte en España, aunque la tendencia aquí parece que también va en el sentido contrario del que ha ido tradicionalmente. Cuando no se entiende que la verdad puede existir, que puede, por tanto, ser descubierta, todo el proyecto y el sentido de la Universidad peligra. No podemos perder de vista que toda concepción sobre la Universidad está determinada por la corriente de los tiempos, las creencias de su época histórica. Es una lástima que en nuestros estados del Norte se esté perdiendo la noción de verdad, ya que esta idea, proveniente en gran medida de la tradición católica, ha sido el motor durante siglos del quehacer universitario. Es muy ilustrativo recordar que el fundador de la primera universidad europea (París 1215) era también monje dominico: Alberto Magno.

Así, la tradición filosófica de nuestra Universidad es un campo sin Metafísica. La Metafísica no puede significar nada allí donde rige una Filosofía Nominalista, y todavía menos cuando es el positivismo lógico del

análisis del lenguaje de Wittgenstein. Estas dos corrientes han sido los mayores logros de la filosofía noruega e ilustran lo que de algún modo es considerado como la Ciencia del Conocimiento. Así, donde quiera que trabaje en mi ámbito profesional (asuntos internacionales, ciencias políticas, etc.), sólo puedo hacer referencia a un conocimiento empírico. Este es problema de la Filosofía de la Ciencia en la Universidad, y cada día más se está extendiendo a toda la sociedad.

El primer punto de mi exposición consiste en una invitación a redescubrir el concepto de verdad, el concepto de “conocimiento objetivo válido”. Sería muy largo explicar el itinerario intelectual que ha llevado a esta realidad, a este pragmatismo. Sin embargo, pienso que la Universidad no puede caer en el error de renunciar a obtener un conocimiento objetivo: si capitula y abandona la lucha por esta conquista, quedaría realmente sin función ninguna.

Teniendo en cuenta que la Universidad y la Iglesia Católica son las instituciones más antiguas de Europa, no me explico por qué parece en nuestros días un contrasentido afirmar que uno pertenece a las dos. Sólo puede ser una paradoja para aquellos que ven el conocimiento fundado en la experiencia empírica, propio de la Edad Moderna, como sustitutivo de las antiguas fuentes de conocimiento, en particular de la Metafísica. En Escandinavia, sirva como ejemplo, afirmar que Dios es la Verdad resulta un tanto ridículo: es una afirmación vista como algo absolutamente “acientífico”.

Seguidamente, analizaré las dos tareas que considero esenciales para cualquier universidad que se encuentre en un contexto secular. La primera consiste en conseguir una educación profesional óptima para los alumnos. Adquirir un prestigio institucional en términos de capacitación profesional y formación, publicaciones en las principales revistas especializadas; situarse, en fin, en la cima de las corrientes actuales. En la medida en que una universidad sea capaz de cumplir esta tarea atraerá a un mayor número de alumnos. En este aspecto hoy en día son las universidades americanas las que descollan.

La otra tarea, más difícil, es la formación del ser humano. Quería fijarme en un ejemplo paradigmático, y para ello me gustaría que echáramos la vista atrás: la Universidad de Oslo fue fundada en 1813 como regalo del Rey de Dinamarca a Noruega. Noruega entonces permanecía unida a Dinamarca. La universidad tenía por nombre “The Royal Christian Fredricks University”, y estaba totalmente ideada según la teología, filosofía y sistema académico alemanes. Sus facultades de Teología, Derecho y Medicina eran las más

importantes. Esta universidad fue fundada para inspirar la mentalidad de la nación noruega; era un edificio de la nación que formaba súbditos a la corte de los reyes, a los ministerios y a la iglesia oficial. Estoy segura de que esto ha sido muy parecido en España, es decir, que la universidad fue en parte instrumentalizada por los políticos del Estado en que se fundó. Hoy en día aún quedan residuos de estas visiones sectarias de la Universidad. En mi país sigue ocurriendo que no puedes ser católico si quieres ser profesor de teología. Como contrapunto, pienso que en la encrucijada histórica en que nos encontramos esta realidad puede cambiar: estamos en un proceso de internacionalización en el que lo que se busca son estándares universales.

Si repasamos la Historia vemos cómo las universidades eran realmente elementos de formación de la cultura europea. Ahora tenemos otra vez la misma oportunidad, máxime dentro del modelo competitivo que internacionalmente se ha impuesto. Para ser la mejor, cada una en su campo, ha de estar en continua comunicación y cooperación con otras universidades del resto del mundo. Esta internacionalización es una gran oportunidad, algo muy bueno. Al mismo tiempo la formación integral del ser humano, aspecto crucial, va en camino de perderse, a no ser que alguno de aquellos que conocen su importancia busquen cómo fomentarla de nuevo. Y eso sólo puede hacerse partiendo de la premisa básica de que la Universidad no es un negocio como cualquier otro. Mi punto de vista es que necesitamos financiación propia y autonomía: independencia respecto del Estado, respecto de los intereses sensacionalistas y mercantilistas que rigen en nuestras sociedades.

Creo que necesitamos independencia, y digo esto a pesar de que las cuatro universidades que tenemos en mi país son estatales, y no cabe la posibilidad de establecer una privada. Es una institución que tradicionalmente ha estado en manos del Estado. No obstante, veo que el futuro prepara una visión más internacional. La sociedad siglo XXI le pide mucho a la Universidad, lo que presenta a ésta una ocasión muy prometedora para legitimarse de nuevo, siempre que sea capaz de adaptarse a estas exigencias, que sea capaz de estar en esta mantenerse a una determinada altura de profesionalidad.

Pero la formación humana es el lado difícil. Nuestras universidades tradicionalmente han prestado gran atención a las Humanidades. Tradicionalmente se ha dado una educación obligatoria sobre Ética y Filosofía, Historia del pensamiento europeo, etc. Estas materias serán eliminadas inminentemente, quizá porque alguien considera (¿o es un sentir social?) que ya no son útiles, que no te dan una educación profesional práctica. Simplemente no se puede cuantificar su utilidad. Y vemos que las Humanidades (las Filologías, la Historia y muchas otras

ramas del saber humanístico) tienen cada vez menos estudiantes. Nuestra Facultad de Teología tiene 200 estudiantes ahora. Tenía muchísimos más. Por otro lado, otras carreras como Derecho, Medicina, Economía o Ciencias Políticas (que en Escandinavia es un gran campo), tienen cada día más estudiantes ¿Por qué? Sencillamente porque más fácilmente se accede a buenos puestos de trabajo. Es el pragmatismo. Hay muy pocos profesores interesados en el aspecto de la formación, y veo muy pocas posibilidades de volver atrás en este sentido. En este punto es donde soy más pesimista porque las reglas del mercado, del liberalismo, han sustituido la antigua social-democracia de manera que cada vez que se intenta introducir algo ha de ser enjuiciado por los criterios del mercado liberal, del utilitarismo.

En cualquier caso, repitiendo que la única forma de volver a la identidad original de la Universidad es ser bueno en el terreno profesional, debemos también preguntarnos: ¿cuál es la identidad de la Universidad en un mundo tan competitivo?; ¿en qué se diferencia la formación que imparte la Universidad de la de una escuela de negocios de Mc Donald's? Porque esta idea americana es la nueva tendencia en el mundo de los negocios. Pero... ¿por qué no hacemos eso? ¿Por qué no abolimos la Universidad e instauramos escuelas de capacitación profesional muy especializada? Al hacernos estas preguntas descubrimos que en la sociedad hay, empleando términos del mercado, una demanda de identidad. La gente busca identificarse con algo. Si observamos el mundo de los negocios, allí también se busca una identidad, y se recurre a las marcas. Se están haciendo una pregunta: ¿Quién soy yo?, y aunque realmente no lo sepan están buscando algo más allá del mercado, algo que las marcas no pueden darnos. Estamos en el mundo de la información, y sin embargo nos encontramos con que la gente nunca ha sido tan ignorante respecto a esta cuestión. La pregunta ¿Quién soy yo? nos remite a la de la naturaleza humana, y a los conceptos de virtud y vicio, inherentes a ella. Estos conceptos en el mundo occidental han sido tergiversados, desvirtuados, vaciados de contenido. En Noruega, por ejemplo, la palabra virtud significa ñoñería sexual y no tiene nada que ver con ese hábito operativo bueno que entendía la filosofía clásica.

Precisamente de esto es de lo que se trata, de restablecer estos dos conceptos, virtud y vicio. Esto nos conducirá a preguntarnos por lo que el ser humano es, y tratar de formar lo que debería ser. Yo pienso que la Universidad debe encontrar la forma de reinstaurar estos conceptos en una sociedad moderna, que se vanagloria de ignorar la tradición y todo sistema de valores objetivos. La Universidad fue durante un tiempo, con palabras de Habermas, “la esfera pública burguesa”, en ella se movía la élite de

la sociedad. Es por ello que la Universidad ha de restablecerse en su papel, a través de una forma completamente nueva, una forma de apertura y comunicación. Esta imagen de la Universidad no va a ser fácil de transmitir, pero en esta tarea estamos todos inmersos. Hablando de imágenes a presentar, de imágenes con las que identificarse, contaré que hace poco me llamó una persona relacionada con el marketing, vinculado a la empresa "P.R. Company". Él sabía que yo era católica y me preguntó: "¿Cómo la Iglesia Católica tiene una "marca" con tanto éxito? La Cruz es la señal más exitosa del mundo: todo el mundo sabe lo que significa. ¿Cómo hacéis ese trabajo en Roma?".

De algún modo nosotros tenemos que poder enseñar a la sociedad un modelo nuevo. Debemos decir: "esta es la identidad de la Universidad". Nosotros formamos al ser humano, además de darle una educación estrictamente profesional: es la buena conjunción de estos dos factores la que es capaz de hacer feliz al hombre. Debemos saber quiénes somos, la trascendental tarea que estamos llamados a cumplir, y esto lo descubriremos sólo si, olvidándonos momentáneamente del modelo utilitarista, nos paramos a leer un poco de filosofía y ética. Las ansias de saber lo que uno es son, paradójicamente, mucho mayores hoy que en otros momentos históricos, a pesar de que nuestras condiciones materiales de vida desbordan con mucho aquellas que nuestros antecesores podían soñar. La Universidad debe aspirar a ser "lo suficientemente genuina" como para dar respuesta a todos los interrogantes que hemos planteado hasta ahora. Debemos, por ello, capacitarnos para decir: somos necesarios para vuestra formación; podemos ofrecer algo que en una escuela de simple formación técnica no se ofrece: respuestas sobre la razón de ser de vuestro trabajo, de vuestros afanes. Éste debe ser el espíritu de la Universidad.

Esto no significa dejar de lado la vertiente de la capacitación profesional: debemos también ser los mejores en este campo; saber estar a la altura, modernizarnos continuamente, satisfaciendo las exigencias crecientes de los estudiantes. Debemos estar muy activos y participar en el debate público. Ello de dos formas: una, basada en el conocimiento profesional, técnico, que tiene que ser bueno, innovador: constituir una verdadera aportación; otra, percibiendo y dando una visión de la sociedad como un todo, y permaneciendo independientes, dar respuesta a la pregunta por la identidad, individual y colectiva. La Universidad es la única voz independiente de la sociedad, donde el resto de agentes representan intereses de toda índole: económicos, políticos, ideológicos, etc. La Universidad es el único lugar donde se supone que se contempla la sociedad en su totalidad, tal cual es, sin tamices que la desfiguren. La Universidad es la única institución moder-

na que puede afirmar que su concepción de la realidad social no persigue ningún interés de grupo o particular.

Así pues, la objetividad es nuestro recurso más importante, una objetividad tendente a representar lo mejor de cada uno en su campo de conocimiento. Pienso que uno de los mayores pecados de la Universidad es no saber presentarse así ante la sociedad. Es cierto que tenemos algunas soluciones para las exigencias actuales. Muchas más las encontraremos en nuestra labor diaria de investigación y docencia. Pero tenemos que aprender a presentarlas correctamente. La comunicación es una llave, y nosotros tenemos grandes cosas que comunicar: contenido de nuestro mensaje es el conocimiento verdadero.

Permitidme acabar poniendo como ejemplo la forma en la que algunos noruegos supieron utilizar esta llave que es la comunicación. Hace miles de años cuando el vikingo Erickson el Rojo se dirigía a Groenlandia desde Islandia, fue declarado reo de varios delitos de asesinato. La leyenda dice que Erickson volvió a Islandia, donde asesinó más todavía, y posteriormente navegó rumbo al lejano Oeste, a un lugar con mucho hielo, donde tuvo que establecerse, ya que la Justicia le impedía poder volver a Islandia. ¿Qué hace entonces? Vuelve a Islandia y dice a todo el mundo que ha encontrado una tierra llamada Groenlandia, con verdes pastos y grandes oportunidades, consiguiendo reunir a doscientas setenta familias que le siguen. La historia acaba con la marcha a Nueva Escocia, a donde llevaron el cristianismo quinientos años antes que Colón.